LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 15 DE ABRIL DE 1889 — NÚM. 381



LA VIRGEN, cuadro de Sassoferrato, existente en la galería de los Uffizi, en Florencia

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA VIRGEN, cuadro de Sassoferrato, existente en la galería de los Uffizi, en Florencia

A fines del siglo décimosexto la pintura religiosa había decaído notablemente desde la altura á que habían sabido elevarla, á principios del mismo, los incomparables Ticiano y Rafael; al clasicismo de estos dos sublimes maestros había sucedido un amaneramiento superficial, vacío, que imprimía en las imágenes cierto idealismo, sí, pero idealismo terreno sin reflejo alguno del sello divino que tan indispensable es á las composiciones sacras.

El gran desenvolvimiento de poder y de fuerza que el catolicismo experimentó en aquella época trajo consigo una saludable reacción en las esferas del arte: la pintura, elemento punto menos que indispensable en los templos católicos, adquirió nueva vida que se manifestó en dos tendencias: naturalista, expresión lo más exacta posible de la verdad humana la una, y la otra idealista y buscando la salvación del arte en la imitación de los buenos modelos que los grandes maestros produjeran en anteriores épocas.

En el número de los pintores que siguieron esta última figuró en primer término Juan Bautista Salvi, más conocido por el nombre de Sassoferrato, que siguió las huellas de sus ilustres antecesores en el arte sin por esto aparecer imitador servil de ellos, de los que la historia de la pintura conoce con el nombre de *cinquecentisti*. ¿Logró acercarse al bello ideal á que tendían todos sus afanes? Digalo, entre otras obras suyas, la Madonna que reproducimos considerada como una de las más bellas que el pincel haya producido. El rostro de la Virgen tiene mucho de las Marías que pintó Rafael en el segundo de los tres períodos en que la crítica divide su carrera artística, pero no es tan redondo como son los por éste trazados sino que aparece más ovalado, lo cual le da mayor semejanza con las obras análogas de Ticiano. En esta Madonna se ve palpablemente que si Sassoferrato no tuvo en tan alto grado como otros el talento de la originalidad, supo, en cambio, beber con gran provecho en las mejores fuentes del arte pictórico y dará sus inspiraciones una belleza y una pureza y corrección de líneas tales que ellas por sí solas bastarían para justificar la imperecedera fama que la posteridad le ha concedido.

EL ANGEL DEL JUICIO FINAL bajo relieve de D. Juan Barta

Este bello trabajo en yeso, de 110+56 centímetros, obra de nuestro paisano el estudioso escultor Sr. Barta, figuró en la primera Exposición de Bellas Artes celebrada en 1885 por el «Centro de acuarelistas,» y en la que tuvo lugar en el salón Parés en 1886. En una y otra llamó con justicia la atención por sus condiciones artísticas que demuestran en su autor lisonjeras aptitudes para el arte á que se dedica, y que, á juzgar por esta y otras obras salidas de su cincel, está llamado á figurar dignamente entre los escultores notables que hoy honran á Cataluña.

VENTAÑAL CIRCULAR DE LA MAGDALENA en Rouen

El arte de la pintura en cristal ha hecho notables progresos en Francia de algún tiempo á esta parte. Este renacimiento de un arte que, después de haber tenido un brillante período de florecimiento, desapareció enteramente en los dos últimos siglos, se debe á dos causas: la primera, el gusto moderno por la ornamentación antigua que hoy reproduce con preferencia en los edificios religiosos el estilo de la Edad media y del Renacimiento: la segunda, el empleo más frecuente en las construcciones civiles y casas particulares de los armoniosos efectos de color que proporcionan las obras en cristal.

Varios son los artistas que en Francia se han dedicado con entusiasmo á esta clase de trabajos, mereciendo especial mención M. Claudio Lavergne. El ventanal circular, que como muestra de ellos publicamos y que adorna la iglesia de la Magdalena en Rouen, prueba sus adelantos. M. Lavergne es un artista de verdadero talento y admirador de las tradiciones clásicas, y su ventanal una esmeradísima pintura en cristal, que sobresale por muchas condiciones apreciables, como el mérito de la composición, el modelado de las figuras, su disposición, los artísticos detalles y la riqueza de la ornamentación. Los ventanales de la iglesia de S. Agustín en París, obra también de M. Lavergne, se recomiendan por las mismas condiciones.

ADORACION DE LA CRUZ, cuadro de D. Morelli

Al frenesí carnavalesco ha sucedido el fervor ascético de la Cuaresma, y al jueves lardero el día que conmemora la muerte trágica de Jesucristo. En este día y en el siguiente de Viernes Santo, todas las iglesias cristianas celebran patéticas ceremonias, siendo una de ellas, sencilla á la par que expresiva de la religiosidad de los fieles, la Adoración de la Santa Cruz. En casi todos los templos se ponen al alcance de éstos crucifijos de mayores ó menores dimensiones, que en los países meridionales se rodean de flores, y á los que se acercan los concurrentes con objeto de besar fervorosamente los pies y manos de la sagrada imagen y recitar alguna plegaria.

Un pintor, tan observador de las costumbres populares, como el insigne artista napolitano, no podía menos de inspirarse en tan cristiana práctica, y fruto de esta inspiración es el cuadro que reproducimos, impregnado del misticismo propio del asunto y lleno de color local, como todos los suyos.

JESUCRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA, cuadro de J. Echena

La mayoría de nuestros lectores habrán tenido ocasión de admirar en el Palacio de Bellas Artes de la Exposición universal de Barcelona el cuadro de nuestro distinguido compatricio, del que es reproducción exacta el grabado que insertamos.

Su asunto es tan conocido que nos releva de toda descripción: «Aquel que no haya pecado, que arroje la primera piedra,» dice Jesús para contener á los que pretendían imponer á la mujer arrepentida el castigo que los hebreos imponían á las adúlteras y... ninguno la arroja. La expresión de las figuras de dicho lienzo demuestra perfectamente que ninguno de los que querían tomarse la justicia por su mano tenía la conciencia tranquila, y el artista lo ha tenido así muy en cuenta al trazarlas. Pero no es esto sólo lo que avalora la obra del Sr. Echena, no lo es tampoco la varonil á la vez que divina figura del Salvador, que se destaca en el cuadro, quedando en un bien entendido aislamiento; eslo también el conocimiento perfecto de los tipos de aquel pueblo semítico en todas sus jerarquías, aparte del estudio detenido y minucioso que revela la indumentaria y hasta el medio ambiente.

La nueva obra del Sr. Echena, por sus proporciones y por el aliento que en su autor demuestra, es de aquellas que exigen una crítica detenida; pero no pudiendo dedicar á ella un artículo, nos limitaremos á consignar que, en nuestro concepto, afirma la bien sentada reputación de dicho artista, el cual ha dado con ella otra prueba de lo mucho que vale y de lo mucho á que puede aspirar con estudio y perseverancia.

LAS TRES CRUCES, facsímile de un agua fuerte de Rembrandt

No es esta la primera vez que insertamos en las páginas de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproducciones de las obras del célebre maestro holandés, haciendo de unas y de otro la merecida apología. Por esta razón, prescindiremos hoy de avalorar el mérito de sus composiciones, y nos limitaremos á llamar la atención del lector hacia la nueva prueba del fecundo y vigoroso estilo de Rembrandt que presentamos en la citada agua fuerte, en la cual parece hallarse reunidas todas las condiciones que dieron justificado renombre al maestro de Amsterdam.

JESUCRISTO MUERTO, cuadro de J. J. Henner

Juan Jacobo Henner, uno de los buenos pintores contemporáneos franceses, es oriundo de la Alsacia, é hijo de humildes labradores que, dotados de instintos y aficiones artísticas, desarrolladas en ellos por la diaria contemplación de la naturaleza, estimularon las que á su vez revelaba Juan Jacobo desde su más tierna edad y se impusieron todo género de privaciones y sacrificios para darle una educación correspondiente á sus gustos y aptitudes. Habiendo estudiado los primeros elementos del dibujo en Allkirch, pasó luego á perfeccionarlos en Estrasburgo, desde cuya ciudad hizo frecuentes excursiones á Basilea con objeto de admirar en su Museo los cuadros de Holbein el Joven. De Estrasburgo se trasladó el joven Henner á París, donde con el estudio de las obras de los grandes maestros, existentes en el Museo del Louvre, llegó á adquirir tal destreza que en 1858 alcanzó el *Premio de Roma*, y pasó á aquel emporio de las Bellas Artes para perfeccionarse en su profesión. Que lo consiguió, lo demuestran las muchas obras notables que han brotado de su pincel y los premios por él conseguidos en diferentes Exposiciones.

Uno de estos lo alcanzó por su cuadro *Jesucristo muerto*, conservado hoy en el museo de Lyon y en el cual se echa de ver la influencia ejercida en su estilo por Hans Holbein, el gran maestro de Augsburgo, pues por muchos conceptos recuerda la ¡terrible *Muerte de Cristo* de aquel artista, sobre todo en el perfecto conocimiento del modelado de las carnes, que presenta de un modo grato á la vista y sin exageración en la estructura muscular y huesosa.

M. Henner, además de excelente pintor de historia, es hoy sobresaliente retratista.

LA PAZ, cuadro de Gabriel Max

Generalmente los artistas, así escultores como pintores, que han querido representar la paz han tomado esta idea como antítesis de la guerra tratándola, por ende, en uno solo de sus múltiples aspectos: véanse, sino, el grupo que la reproduce en el Arco de la Estrella, la pintura que la simboliza en uno de los salones del palacio del Luxemburgo y tantos otros cuadros y estatuas existentes en museos, edificios públicos, plazas y museos.

Gabriel Max, el famoso profesor de Munich cuyas principales obras hemos reproducido en distintos números de esta ILUSTRACIÓN ha dado una nueva prueba de su genio y talento excepcionales pintando la paz de un modo muy distinto que la generalidad de sus colegas en el arte, así antiguos como modernos, para lo cual ha trazado un busto sencillo y desprovisto de atributos en el que la idea se adivina no por los emblemas, no por las figuras secundarias sino por la expresión sola de un rostro deliciosamente encantador. El que contempla el cuadro de Max para nada encuentra á faltar al guerrero envainando la espada tinta aún en sangre, ni al artesano empuñando el martillo ó moviendo la lanzadera, ni al labrador recogiendo en apretadas haces las doradas mieses de repletas espigas. Estos que podemos llamar efectos de la paz se imponen, se presumen, se sienten sin verse en el cuadro de Max: la paz de Max es la causa de todos ellos, es una imagen que no necesita del elemento objetivo, es un símbolo que compendia todos los beneficios que de ella se derivan; es la paz que desea el que ha de luchar con las contingencias de la vida; es la paz que ambiciona el que se siente atormentado por devastadoras pasiones; es la paz que imploran los pueblos ante la amenaza de terribles contiendas; es, finalmente, la paz que codicia el alma para cuando libre de las mortales vestiduras que la encadenan á este suelo pueda volar hacia las regiones en donde imperan la bondad infinita, la eterna belleza, la verdad absoluta.

LA TOMA DE POSESIÓN del nuevo presidente de los Estados Unidos

Por más que el espectáculo se repita cada cuatro años, siempre atrae numerosísima muchedumbre el acto público en que el presidente de los Estados Unidos de Norte-América toma posesión de su elevado cargo. El día 4 del mes pasado la tomó el presidente M. Harrison, últimamente elegido para desempeñar durante el próximo cuatrienio la primera magistratura de aquella República; pero el *día de la inauguración* como se le llama en Washington, no tuvo el acostumbrado brillo á causa de la lluvia torrencial que estuvo cayendo durante la ceremonia.

Esto no obstante, el pueblo se aglomeraba delante de la fachada principal del palacio del Capitolio ó Congreso, en cuyo peristilo el presidente Harrison prestó en alta voz el juramento á la Constitución, y leyó con calma inalterable el acostumbrado Mensaje ó programa de gobierno, á pesar del chubasco del cual sólo le guarecía un sencillo paraguas.

El ruido de la lluvia no permitió que se oyera bien la lectura, por lo cual los aplausos escasearon; esto no obstante, el pueblo vitoreó á su nuevo presidente cuando dijo que sería escrupuloso observador de todas las leyes y que velaría porque todos y cada uno de los ciudadanos disfrutasen por igual de los derechos civiles y políticos que aquéllas les conceden.

Nuestro grabado representa esta solemne al par que sencilla ceremonia, propia de las democráticas costumbres del pueblo norteamericano.

SUPLEMENTO ARTISTICO

JESUCRISTO Y LOS PESCADORES, cuadro de Ernesto Zimmermann

«Yo os haré pescadores de hombres,» dijo Jesús á Simón y sus compañeros en ocasión en que sacaban sus redes del mar de Galilea; y la palabra divina, á la sazón no comprendida por aquellos hombres rudos, sencillos é ignorantes, se cumplió, pues andando el tiempo *pescaron* para el reino de los cielos más seres humanos que peces habían recogido en su anterior y trabajosa vida.

En el cuadro de Zimmermann, que tan bien representa este episodio del Evangelio, se ha dado más valor á las figuras que al paisaje en general, lo cual no es de lamentar, pues de este modo se puede apreciar mejor el simpático rostro del Salvador que con profética y divina convicción hace aquella promesa á los pescadores, y los semblantes de éstos, en los que se retrata la sorpresa que el vaticinio les causa, y cuyo sentido no aciertan á descifrar.

VIERNES SANTO

Conmemora hoy el mundo cristiano la muerte de Jesús y la soledad de María. El Cristianismo concuerda como ninguna otra religión positiva con la naturaleza humana. El cielo de los antiguos admitió solamente la fuerza y consagró la victoria. Estos dolores, que nos traspasan el pecho y que nos entenebrecen el espíritu, estaban desterrados por completo de los viejos Olimpos. A lo sumo entraba en ellos ese aspecto del Universo conocido ahora con la denominación del combate universal por la existencia, en que los dioses llegan á confundirse con los brutos. La guerra, esa calamidad congénita con la especie nuestra, tenía su natural deificación allí. Luchaban soberbios los dioses antiguos, mas no padecían humildes. La ventaja del Cristianismo sobre las demás religiones, aun visto solamente por su aspecto humano y moral, se halla en su divinización del dolor. Todos en esta baja tierra sufren, y todos encuentran en los altares de Cristo, no diremos explicadas, pero sí diremos sentidas sus penas. Entre las mayores hállanse aquellas que tocan, en el acervo común de nuestros comunes dolores, á las pobres mujeres. Nosotros hemos nacido para luchar; ellas para sufrir. El combate activo quita muchas acerbidades al dolor, mientras que le añade muchas la conformidad y la paciencia femeniles. Por eso nuestra religión ha idealizado la naturaleza humana idealizando el dolor, tal como ha tocado en suerte á las mujeres, y para expresar esto, no ha podido tener símbolo tan bello como la Virgen Madre al pie de la Cruz, donde agoniza y muere su hijo. El mundo heleno-latino, al revés del mundo semita, compartió la divinidad entre los dos sexos. Mientras en Jerusalén y en la Meca, en aljamas y sinagogas, truenan un Jehová ó un Aláh solitarios, en las cumbres de los montes paganos, donde se hallan las divinas sedes, vense conjuntamente sentados los dioses y las diosas. Pero éstas, ó expresan una felicidad material absoluta como puede verse aún hoy en las serenas estatuas suyas, ó sienten, á lo sumo, femeniles rivalidades. Los sendos y pasajeros dolores de las diosas antiguas por los respectivos héroes en lucha, no pueden compararse con el profundísimo dolor de mujer simbolizado en nuestra Soledad tristísima ó en nuestra Madre dolorosa. El viaje de Ceres por su Proserpina, coronada durante seis meses reina y diosa en las regiones infernales, para brillar luego en el éter y en el aire otros seis meses, aparte su rural simbolismo, no puede compararse con las penas de María en las cimas del Calvario, donde atraviesan su corazón todos los horrores que puede una madre sentir aquí en la vida. Para comprenderlos necesitamos tan sólo recordar el claro ministerio, cedido por la Naturaleza y por la Providencia de consuno á la madre. Sólo un amor como el suyo podría superar los dolores conjuntos á la gestación, al parto, á la crianza de sus hijos. Por eso en la maternidad ha puesto Dios invencibles propensiones al sacrificio que parecen como un suicidio lento y que son un holocausto perpetuo. Por algún ave que deje su huevo en el nido ajeno, como en la universalidad casi, el sentimiento maternal fija inquietas alas é inquietos nervios en el nido, y los tiene como petrificados é inertes, dando el calor propio suyo á los menudos seres encerrados en la corteza del huevo y en las lanas del nido. ¡Cuánto no ha menester la naturaleza de un ave contrariarse, y qué milagros obra en ella el amor, cuando se calla y se fija, pliega sus alas y cierra su pico, entregada por completo á la incubación, que pide y necesita la perpetuidad indispensable de su especie! Dígase cuanto se quiera por los pesimistas; así que la mujer siente un fruto de su amor en las entrañas, ya se ha transfigurado. Y así que tiene un hijuelo, ha resumido y compendiado su vida entera en la cuna. Imagínaos qué le pasará en materia de dolores, cuando esa cuna se torne sepulcro y la criatura idolatrada un yerto cadáver. El dolor de María en la Cruz excede al dolor de Cristo; porque la pasión de éste se agranda y exacerba y recrudece, al pasar por las telas del corazón de su madre.

Las madres, allá en las penas inferiores, viendo un hijo, recordarán solamente las penas congénitas á parto y crianza. Pero, allí donde comienza el humano espíritu, comienzan á una con él amarguras indecibles. No es ya el dolor maternal de un parto, ni siquiera es el cuidado prolijo de la nutrición y de la cría; es algo superior, la inquietud propia de quien debe cumplir un ministerio tan complejo como el ministerio de la educación de un alma. ¡Cuál transfusión de su ser propio en el ser por ella engendrado y parido! Una madre lo sabe todo con saber solamente que ya es madre. Ningún telescopio ve lo infinitamente grande y ningún microscopio lo infinitamente pequeño, como ve una madre desde las mayores aspiraciones hasta las menores necesidades en el alma y en el cuerpo de su hijo. Por eso jamás podrá sustituirse en la Naturaleza la primera educación maternal con otra ninguna. Una madre sabe más medicina que todos los médicos juntos, cuando se trata de su pequeñuelo. ¿Qué



EL ANGEL DEL JUICIO FINAL, bajo relieve de don Juan Barta

doctor sigue los aspectos de una enfermedad sobre la cuna, como quien dentro de la cuna se recluye y encierra? ¿Cómo puede saber nadie los grados varios de calor en el cuerpecillo, como aquella que lo recoge solícita en sus brazos y lo pega con amor á sus senos, cual si quisiera reincorporarlo nuevamente á sus entrañas y nuevamente nutrirlo con la sangre de su corazón? Pues nadie sabe de seguro en el mundo educar, hacer un alma, como lo sabe por propio instinto una madre. Como su medicina instintiva conoce las enfermedades y los remedios, su filosofía conoce los consejos, su arte las inspiraciones, su intuición profética los presentimientos, su amor los afectos, su fe los dogmas, que cuadran al hijo de sus entrañas, por quien vive y muere. Hasta para enseñarle aquella nueva familia, con que debe continuar ó completar la recibida en su cuna; ó para elegirle aquel corazón que debe llevarse consigo el criado por ella, sirve una madre, como que su vida toda es vida entera de sus hijos, pues desea verlos, en la hora última, inclinados á una sobre sus ojos para cerrarles los párpados, y en cambio defender en ellos el ser propio con el postrer suspiro y el alma propia con la postrera mirada. Imaginaos cuál dolor sentirá cuando todas estas leyes de la Naturaleza lleguen á subvertirse y mueran, como en el caso de Jesús, los hijos antes que sus madres. He ahí el dolor que representa María siempre al pie de la Cruz, el dolor de una madre destituída por la muerte de su Hijo. Como no hay dolor ninguno comparable á este dolor, no hay escena ninguna en la Pasión tan dolorosa como esta. Los personajes de la escena son muchos y están agrupados en la religión y en el arte, según tradiciones inextinguibles. Pues bien; puede asegurarse que la Humanidad no compadece tanto á Cristo en la Cruz como á su Madre al pie de la Cruz. Por ella, y sólo por ella, dijo el Profeta estas sublimes palabras: ¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por los caminos! paraos, y ved, si hay dolor comparable á mi dolor en el mundo. Y efectivamente no lo hay.

Ver cómo desaparecen los venidos naturalmente á sucederos y heredaros extraña y hiere de tal suerte á los padres, que su corazón en pedazos mil se rompe y se huye hasta tocar en el desvarío su inteligencia. Desde los primeros dolores á los últimos cuidados, que os cuesta la vida suya, se os aparecen y os asaltan como en tropel. Imaginaos cuánto el corazón de la madre santísima se desgarraría en el Calvario, á la muerte del Unigénito, con las memorias y los recuerdos de su vida. La emoción experimentada en la inolvidable anunciación de Gabriel, resplandeciente con los reflejos y reverberaciones de los cielos; el salto de la bendita criatura en sus entrañas, oyendo los cánticos de Isabel y las palabras de Zacarías; el portal de Belén, donde se mezclaban las esquilas de los ganados con los rabeles de los pastores y los conciertos de los ángeles; el espectáculo de la estrella solitaria que guiaba los reyes magos, y de las ofrendas que circuían la cuna; el viaje á Egipto, en que los ángeles interponían sus alas para preservarles y las palmeras bajaban sus ramas para esconderlos; el eco de aquellas predicaciones, cuya virtud resucitaba los muertos y convertía las piedras en corazones; las bodas de Caná, donde le dieron ocasión á convertir el agua en vino; la triunfal entrada en Jerusalén pocos días antes; los recuerdos todos estos atenacearíanle con horribles dolores las entrañas, en virtud y por obra de una comparación intuitiva con los verdugos y sayones, maltratando las carnes besadas por ella tantas veces; en los legionarios romanos que se repartían las vestiduras hiladas en sus ruecas y husos; con el estruendo de los martillos hundiendo en la madera los clavos, que desgarraban sin piedad las manos y los pies que abrigó tantas veces en el maternal regazo; con los dicharachos y los insultos y los vejámenes dirigidos á quien ponían los ingratos judíos en su ceguera por bajo de las bestias y ella sabía bien que se identifica en su naturaleza con la esencia misma del Eterno. Los horrores ofrecidos por el Universo, al morir Jesús, debieron acrecentar su dolor. Los estremecimientos del suelo tan intensos fueron, que desentrañaron los abismos interiores del planeta; y tan extensos, que llegaron á Egipto, donde un solitario exclamó al sentirlos que, ó bien se acababa la tierra ó bien moría Dios. En efecto, cuando el cielo se ocultaba, y se oscurecía el sol, y las tinieblas por do quier dilataban su espesa oscuridad, y un color siniestro y rojizo, como de sangre ardentísima, teñía los límites del horizonte á la manera que relampagueos del infierno, para hacer más palpable la noche; y los montes se descuajaban; y las colinas se convertían en polvo como cadáveres deshechos; y los muertos levantaban las losas de sus sepulturas con los cráneos; y la tierra se abría en grietas como surcada por el dolor, María debió crecer, viendo cómo los seres inanimados sentían más la desgracia de su hijo que los corazones humanos y acompañaban á una con mayor caridad su amarga pena. He aquí la superioridad capitalísima del Cristianismo sobre las demás religiones conocidas en la tierra: su divinización del dolor. En efecto, aquel que pusiera la gota de rocío en la rosa y las claras fuentes en los valles, tuvo sed; el que iluminó en la celestial inmensidad el sol, tuvo frío; el que alimentara con el calor de su vida todos los seres, tuvo hambre; sufrió las amarguras quien había criado todos los dulzores de la tierra; devoró los odios el que había juntado las moléculas con su cohesión y los astros con sus atracciones múltiples y los humanos con el amor; aquel cuyo soplo animó nuestras atmósferas, no encontró aire para su pecho; y autor de la libertad, llevó sobre sus hombros el patíbulo de los esclavos, y autor de la vida, murió ignominiosamente. Y todos los dolores de Jesús, toda su pasión terrible, desde las angustias del Huerto hasta las angustias del Calvario, centuplicáronse con terrible multiplicación en el pecho de su madre.

Así el dolor de la mujer tiene su representación más alta en la Virgen al pie de la Cruz, en la Virgen sosteniendo sobre su seno al muerto, en la Virgen adorada ora con el nombre de la Soledad, ora con el nombre de los Dolores. Por tal modo tienen todas las madres horror á la más espantosa desgracia posible para ellas en el mundo, á la muerte de sus hijos, que no hay casa de familia cristiana donde no se halle alguna conmemoración de la Soledad y de los Dolores. El corazón ardiente de la Virgen Madre, atravesado por las siete litúrgicas espadas, representa un simbolismo verdadero en los hogares católicos. Yo he visto el corazón dolorido de María en urnas á santuarios parecidas; yo he visto el corazón doloroso de María bordado en escapularios transmitidos por unas generaciones á otras generaciones en una sucesión indecible; y este símbolo quiere decir cómo resonarían en su pecho los golpes asestados á su hijo, cuáles dolores tendría cuando levantaba éste los ojos y la voz al cielo en aquella interrogación al Eterno dirigida, preguntándole por qué lo había en tal trance abandonado; cómo se desharían sus ojos en lágrimas oyendo aquel perdón generoso impetrado, así para el ladrón moribundo á su diestra como para los implacables enemigos que se reían y le atormentaban; cuánta sed acerba le afectaría considerando que su hijo necesitaba en su fiebre beber algo y le proponían aquellas mixturas de hiel y vinagre; cuál pena en la consideración de que si todo estaba consumado en la obra redentora, se debía principalmente al holocausto de su corazón, y cuál mayor pena verlo morir á él sin poder morir ella. Lo hemos asegurado ya y lo repetimos ahora: la pasión de Cristo se agranda reflejada en el océano de lágrimas que vertió María.

Si queréis comprender cuánto significa la Soledad en el arte cristiano, convertid los ojos á todos los pintores católicos, y no encontraréis escuela capital ni genio primero que no haya querido reproducir esta gran tristeza, en cuyas espesísimas sombras tanta parte de nuestros particularísimos dolores encuentran el corazón y el ánimo. La Madre dolorosa vuela desde los tiempos de las catacumbas á nuestros mismos tiempos, envuelta en evaporaciones y nubes de lágrimas. Toda mujer que ha perdido un hijo renueva sus facciones, y repite su tipo en la vulgar vida ordinaria nuestra y en el prosaico mundo que habitamos. La rígida escuela bizantina presentarála en mosaicos rígidos y rudos, faltos de movimiento y expresión, parecidos á las momias egipcias y á las iluminaciones de antiguos misales monásticos; pero la presentará muchas veces, porque la Virgen María generó en la religión al Salvador, pero generó en la estética el arte cristiano por excelencia. Nada tan fácil como clasificar los cuadros consagrados al dolor y á la soledad virginales por los pinceles cristianos. Pero el asunto exige otro lugar y otro estudio. Aquí solamente podemos y debemos decir cómo han delineado esa figura de tristezas y penas los genios, que, á manera de ángeles, en sus alas multicolores, han sostenido esos cuadros religiosos ante los cuales á un tiempo se arroba nuestra piedad y se recrea nuestra fantasía. No obstante los caracteres varios de las escuelas y las facultades individualísimas de los diversos genios, el dolor sobrehumano, que siente una madre desolada, lo supera todo, y aparece de suyo en todas las figuras católicas por igual manera que aparecen las medallas hechas y vaciadas en solo un troquel. Aunque Ticiano haya querido lucir en la Virgen solitaria y dolorosa el esplendor de sus añiles y de sus púrpuras; aunque Murillo no haya osado negarle aquel éter riente donde nadan los ángeles y los bienaventurados producidos por su creador pincel; aunque la Dolorosa de Rembrandt tenga mucho de la vulgaridad en que caen todos sus maravillosos tipos, más bellos por el resplandor de su iluminación y por la transparencia de sus ideas y de sus pasiones que por la forma plástica y exterior, indudablemente así en las minuciosidades propias de las escuelas alemanas, cual en el regocijo propio de las escuelas neutras, en la naturalidad excesiva del arte flamenco y la corrección clásica del arte florentino, los rasgos permanentes del dolor quedan; se ve la tristeza maternal en el momento de morir los hijos, y se oyen aquellos sollozos, los más amargos despedidos indudablemente desde las tristezas humanas á las alturas celestiales. ¡Ah! evoco ahora yo en tropel mis recuerdos estéticos á este respecto; y no creo fácil una sabia elección, por lo inspirados que han sido todos los artistas cristianos en tamaño asunto. La Madre aquella del Giottino, que abraza el Hijo, á la hora de acostarlo en el Sepulcro; la María bellísima del Angélico, puesta de hinojos, con las manos plegadas, contemplando á Cristo desenclavado cuando José de Arimatea lo sostiene y Magdalena le besa las yertas plantas; el desmayo de Botticelli, donde María pierde por completo el sentido en brazos de San Juan, mientras las demás santas mujeres á una se arrojan por el suelo y los apóstoles lloran en coro; la Piettà de Miguel Ángel, perteneciente, como todos los arquetipos suyos, á las titánicas edades aquellas del Renacimiento regenerador, hermosa joven robusta, con su hijo desnudo y muerto sobre las rodillas, presentándolo con sus crispadas manos, por donde corren las chispas eléctricas del dolor, á los remordimientos universales, en actitud y gesto dignos del antiguo Jeremías, cuando hablaba de su Jerusalén viuda y llorosa; la Soledad misma de Rafael, quien ha pintado el dolor más amargo y las lágrimas indudablemente más ardorosas en rostro no afectado por la desesperación y sus tormentos; las varias figuras, así de Weiden como de Rubens como de Van-Dik, aunque representen las condiciones á veces opuestas y contradictorias de sus respectivas fantasías creadoras, y el diverso gusto de sus particulares tiempos, permanecerán ahí como la expresión de las penas y de los dolores resistidos por la mitad más tierna y más hermosa del humano linaje.



VENTANAL CIRCULAR DE LA MAGDALENA, EN ROUEN



ADORACION DE LA CRUZ, cuadro de Domingo Morelli



JESUCRISTO Y LOS PESCADORES, cuadro de Ernesto Zimmermann



JESUCRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA, cuadro de J. Echena, presentado en la Exposición Universal de Barcelona



LAS TRES CRUCES, facsímile de un agua fuerte de Rembrandt

En verdad ha tenido María su Pasión como Cristo. De todos los aspectos múltiples que toma este ideal femenino, el más permanente y más amado es la Madre dolorosa. Muchos gozos vienen á su corazón tras esta pena infinita; pero ninguno borra ya las copiosas lágrimas que han llovido sus ojos en las cumbres del Calvario, aumentando el mar sin riberas de los humanos dolores. Vendrá el día de Pascua, y á la par que rompen las avecillas el huevo y las flores el capullo cargándose los aires de armonías y esencias, Cristo resucitará para transfigurarse, no en el bajo Thabor de Galilea; en las eternas cumbres celestiales. Luego, María rodeada por todos los apóstoles, recibirá en el cenáculo aquella comunicación del Espíritu Santo, por medio de la que se comunicará el Verbo cristiano á todos los discípulos de Cristo, y comunicaránlo á su vez los discípulos cristianos á toda la tierra y entre todos los hombres, en la comunión santísima de la Iglesia universal; irá luego sobre mística barca, por las aguas azules del Mediterráneo, entre las islas griegas, donde cantaban todavía las hermosas místicas sirenas, y podrá en visión beatífica pronunciar entre gozos y arreboles y melodías el *Consummatum est*, que su Hijo pronunció entre los estertores de su horrible agonía, viendo la obra cristiana, en que los dioses mueren y acaban, entre las espumas y las perlas, donde se mecieran al nacer, arrullados por los cantares homéricos; y los ángeles, y los querubes asirios, transformados por las revelaciones semíticas, llegar desde los lejanos Tigris y Eufrates, después de haber bañado sus alas en el Jordán, á posarse atónitos sobre los bajos relieves helenos. Y no habrá para ella muerte. Llamaránle á su día último el Tránsito de la Virgen; los discípulos rodearán la cama donde se cierran para nuestro planeta sus ojos de carne; los ángeles bajarán á recogerla y á conducirla por lo infinito en sus espaldas; rosas místicas olerán por el camino, embalsamando todas las vías conducentes del tiempo á la eternidad; cuando pasa, preguntaránse los habitantes de todos los planetas cómo se llama y quién es aquella hermosura unida con tal bondad; recobrará la pristina luz el resplandor que tuvo al despedirla en los espacios la palabra creadora; reanimaránse, viéndola pasar en amor divino, todos los soles; el coro de los seres criados entonará letanías sin fin; erigiránse á su nombre catedrales que cuajen y cristalicen su culto; el Universo entero le servirá de peana, el cielo inmenso de solio, la Trinidad Santísima de corona; y sin embargo, la Madre dolorosa brillará más que todo eso en demostración de que lo permanente aquí, en esta contingencia y en estas limitaciones de nuestra humana especie, serán siempre la muerte y el dolor.

Emilio Castelar

EL BOBO DEL PUEBLO

(Conclusión)

– A ver, á ver; enséñame esos pajaritos; quiero saber si están bastante gordos para la mesa de nuestro amo.

– Con mucho gusto lo haría; pero ya ve V. E. que si los sacamos del saco se nos volarán y quedaremos sin ellos.

– No es menester sacarlos; sólo con que entreabras el saco y yo pueda mirar dentro, hay bastante.

Esto justamente era lo que Baoro deseaba; así que, sin hacerse de rogar, presentó la bolsa abierta al león; éste metió la cabeza dentro para tragarse de un solo bocado todas las alondras, pero el engrudo y las plumas le cegaron y le taparon la respiración pegándosele por las fauces, los ojos y las narices. Sin perder momento Baoro tiró de los cordones de la bolsa, y cerró ésta sobre el cuello del animal, haciendo luego un fuerte nudo, en el cual trazó el signo de la cruz para que no se desatase nunca. Voló al bosquecillo, cogió la flor que sonreía, y escapó con toda la ligereza de su caballejo.

De este modo se alejó pronto de aquel sitio; pero pronto también, dió con otro más peligroso; el lago de los dragones. Era preciso atravesarlo á nado, y aun no había entrado en él, cuando de todas partes acudían veloces, con las bocas abiertas, para devorarle.

No era aquella ocasión de saludos; así que, Baoro prescindiendo de aquella fórmula de urbanidad, echó mano de su rosario, y sin perder ni un instante, comenzó á arrojar sus granos á los dragones, como se echa el maíz á las gallinas.

Aquellos monstruos se precipitaban con avidez sobre las benditas cuentas, pero en cuanto tragaban una de ellas, al momento giraban sobre su centro, se ponían verticales, luego se acostaban panza arriba en el agua y quedaban muertos. Baoro, aprovechando los momentos, llegó sano y salvo á la otra orilla.

Pero aun quedaba el rabo por desollar; aun era menester habérselas con el hombre negro de la bola de hierro, que después de dar en el blanco, volvía constantemente á la mano de su dueño. Baoro distinguió pronto á aquel terrible monstruo á la entrada del valle donde tenía su parada. Estaba encadenado por un pie á la roca y jugaba con su famosa bola; al rededor de su cabeza se abrían seis ojos que velaban alternativamente; pero en aquel momento los seis estaban abiertos. El bobo, comprendiendo que si el hombre negro le llegaba á ver estaba irremisiblemente perdido, porque la bola de hierro le habría matado aun antes de que le hubiese podido dirigir la palabra, se deslizó por detrás de un seto, ocultándose y sin atreverse á respirar.

Así llegó hasta muy cerca del monstruo. Este se sentaba en aquel mismo instante, y dos de sus ojos acababan de cerrarse para descansar un rato. Baoro supuso que el hombre negro tenía sueño, y conociendo por experiencia propia cuánto le favorecen ciertos sonsonetes, se puso á entonar en voz baja la música de la misa mayor. El monstruo quedó sorprendido, al pronto, é irguió la cabeza; pero cediendo, al fin, al efecto narcotizador del canto llano, cerró el tercer ojo. Baoro que observó este progreso, emprendió el *Kirie eleison* en el tono displicente y aburrido de un beneficiado que lucha penosamente con las exigencias de una indigestión insuficientemente sesteada. El ojo número cuatro y la mitad del quinto cedieron al influjo de aquella especie de magnetismo animal. Baoro empezó unas *vísperas*, pero antes de llegar al *magnificat* el hombre negro se había quedado completamente dormido.

Entonces nuestro joven cogió al potro por la cuerda, y haciéndole marchar sobre los puntos en que el césped era más espeso para apagar así bien el ruido de sus pisadas, pasó por junto al terrible guardián sin despertarle, y penetró en el *valle de los placeres*.

Era aquel el pasaje más peligroso de su aventura, pues ya no se trataba de conjurar ó esquivar un daño, sino de resistir una tentación. Baoro invocó mentalmente y llamó en su auxilio á todos los santos y santas de la corte celestial, y penetró denodadamente en el valle.

Era este semejante á un jardín cubierto todo él de las más hermosas flores, los frutos más exquisitos y las fuentes más deliciosas; pero éstas eran de leche y miel, las flores cantaban con voces tan dulces como las de los ángeles del Paraíso, y los frutos se ofrecían espontáneamente al viajero. A cada revuelta del camino Baoro veía mesas magníficamente cubiertas, como para obsequiar á los reyes más poderosos de la tierra. El incitante olor de los manjares le despertaba la gula y le hacía volver la boca agua. Criados lujosamente vestidos, con la servilleta en el brazo, le saludaban al pasar, y parecían aguardar sus órdenes. Un poco más lejos, mujeres soberanamente hermosas, acabadas de salir del baño, danzaban sobre el césped, y llamándole por su propio nombre, le invitaban con mil graciosos y seductores ademanes á presidir el baile.

El pobre Baoro todo se volvía oraciones mentales y señales de la cruz, con el objeto de desvanecer tantas tentaciones, pero en vano. El humito de las viandas se hacía cada vez más incitante, y cada nuevo grupo de bailarinas le parecía más hermoso. Quizás iba á sucumbir por fin á tantos atractivos cuando de repente el recuerdo de la fuente de oro y la lanza de diamante, cruzando por su mente, le dió nuevas fuerzas para resistir.

Echó mano, entonces, de sus recursos preparados, y silbando en el pito de madera, consiguió no oir los cantos; el pan con el tocino rancio, con su fuerte y nauseabundo olor, y su sabor desagradable, le impidió percibir el olor incitante de los manjares, y hasta le quitó el apetito; y por fin, para no pecar por la vista, concentró todas sus miradas en las peludas orejas de la cabalgadura, sin levantar los ojos ni un solo momento.

De este modo consiguió atravesar el jardín sin ningún contratiempo y llegar por fin á la vista del castillo de Condor. Aun le separaba de él aquel temible río que no tenía más que un vado; pero afortunadamente, el potro negro le conocía bien, y se metió resueltamente en el agua por el punto debido.

Baoro miró entonces á todos lados, buscando con la vista á la dama que, según lo que había oído al caballero en la puerta de la quinta, debería conducirle al castillo, y con efecto, la distinguió melancólicamente sentada sobre una roca; tenía la tez oscura como la de una mora, y vestía un traje negro como de luto.

El bobo se quitó por tercera vez su copete de sombrero, y preguntó galantemente á la dama si quería pasar á la otra orilla.

– Justamente te estaba esperando con este objeto; acércate y montaré á la grupa.

Hiciéronlo así Baoro y la dama y comenzaron á pasar el vado. Hacia la mitad, poco más ó menos de él, dijo la desconocida:

– ¿Tú sabes quién soy yo, pobre bobo?

– No señora; no lo sé; pero bien se conoce por vuestro traje de sarga, que debéis ser persona de suposición, noble y poderosa.



JESUCRISTO MUERTO, cuadro de J. J. Henner

– No vas descaminado, muchacho. Noble soy, puesto que mi origen data del pecado original, y en cuanto á poderosa, no cabe dudarlo, pues no hay ninguna nación que no se humille á mi paso.

– ¿Y cuál es vuestro nombre, augusta dama?

– Yo me llamo la Peste, para lo que gustes mandar.

Baoro dió un salto sobre su caballo y quiso arrojarse al río; pero la Peste, que le tenía pasado un brazo por la cintura, se lo impidió y dijo:

– No temas nada, bobito; yo no te he de hacer ningún daño, y puedo, por el contrario, serte de mucha utilidad.

– ¡Ah, señora! ¿seréis tan bondadosa? – exclamó Baoro quitándose su montera para no volvérsela á poner ya.

– Sí; yo haré que salga bien tu empresa.

– Es verdad, y ahora recuerdo que sois vos, mi señora doña Peste, la que me habéis de mostrar el modo de deshacerme de Cariganus.

– ¡Es necesario que el mágico perezca! – dijo la dama.

– Eso quisiera yo, – replicó Baoro; – pero está el mal en que, según mis noticias, ese caballero es inmortal.

– Oyeme con atención, y procura comprender bien lo que te voy á decir, – repuso la Peste – El manzano que tú has visto guardado por un enano, es nada menos que un injerto del árbol del bien y del mal que Dios mismo plantó en el Paraíso terrenal. Su fruto, así como el que comieron Adán y Eva, tiene la virtud de quitar la inmortalidad. Procura que Cariganus coma la manzana que has cogido, y bastará entonces que yo le toque, para que muera en seguida.

– Ya lo procuraré; pero si lo consigo, ¿qué deberé hacer para encontrar la fuente y la lanza que se hallan en un subterráneo que ninguna llave forjada puede abrir?

– La flor que sonríe, abre todas las puertas é ilumina todas las tinieblas.

Al pronunciar estas palabras llegaron á la otra orilla, y Baoro se dirigió directamente al castillo.

A la entrada había un gran sombrajo semejante al palio que sacan en la procesión del Corpus. El gigante se hallaba sentado debajo de él, resguardado de los rayos del sol; con las piernas cruzadas una sobre otra, como un propietario que ha entrado ya sus cosechas, y fumando con la satisfacción del armador que contempla su buque en el puerto, en un enorme cuerno de oro virgen, lo menos libra y media de tabaco.

Al ver llegar á Baoro y á la dama montados en su potro negro lanzó un rugido que retumbó como el trueno y exclamó:

– ¡Voto va á mil diablos del infierno! ¡Ese es mi potro de trece meses! ¿Cómo diablos le monta ese mastuerzo?

– Es cierto, magnánimo señor, el más alto y poderoso de todos los mágicos habidos y por haber, – contestó humildemente Baoro.

– ¿Cómo has podido hacerte con él, pedazo de alcornoque?

– Repitiendo el conjuro que vuestro hermano me enseñó, al llegar al sendero del bosque:

> Acude al conjuro que aquí ya te espero,
> Potrito bonito, potrito ligero.

Y el potro acudió al momento.

– ¿Pues qué, conoces á mi hermano?

– Ya lo creo, como que es mi amo.

– ¿Y á qué te ha enviado?

– A ofreceros los dos presentes más raros que hay en el mundo, y que él acaba de recibir de tierra de moros, á saber: la manzana de la alegría, que es esta, y la mujer sumisa, que es esta otra. Si coméis la primera, tendréis siempre el corazón tan contento, como el de un pobre hombre que acaba de encontrar una bolsa de cien escudos en su capacho; y si tomáis la segunda á vuestro servicio, ya no tendréis nada que desear en este mundo.

– En tal caso dame la poma y que se baje la moza, – respondió Cariganus.



LA PAZ, cuadro de Gabriel Max

El bobo hizo lo que se le mandaba, y el mágico en cuanto cogió la fruta, la hincó el diente con avidez; pero en seguida la mujer negra le tocó en la cabeza, y el gigante cayó con estrépito, como un buey herido por la maza.

Entonces Baoro se metió en el palacio, llevando en la mano la flor que sonríe. Atravesó más de cincuenta salones, y llegó por fin al subterráneo, cuya puerta era de plata. Esta se abrió por sí misma al influjo de la rosa mágica, y con la luz que ésta despedía, pudo distinguir la fuente de oro y la lanza de diamante.

Pero no hizo más que coger ambos objetos, cuando se dejó sentir un terrible temblor de tierra, oyóse un estrépito espantoso, el palacio se desvaneció, y Baoro se encontró en medio del bosque, pertrechado con los dos talismanes, con los cuales tomó rumbo hacia la corte del rey.

Al pasar por la ciudad, compró un hermoso traje de terciopelo y oro, y un magnífico caballo, el mejor en cien leguas á la redonda.

De esta suerte equipado, marchó á la capital del reino, sitiada entonces por numeroso ejército enemigo. Este había asolado el país, talando los campos, destruyendo las viviendas y llevándolo todo á sangre y á fuego. El hambre se hacía sentir en el recinto sitiado, y los soldados que no morían de resultas de las heridas, morían de necesidad.

Precisamente á la llegada de Baoro, el rey había mandado hacer un pregón, ofreciendo nombrar heredero de su reino al que descubriese el modo de hacer levantar aquel sitio y cesar tantas calamidades.

Al oir el bobo aquel bando, llamó al soldado que le hacía y le dijo:

– ¡Eh! ¡bravo mozo! ven acá: cesa de hacer pregón; no dés más voces, que ya has encontrado lo que buscas. Ve y dile á nuestro rey y señor, que aquí estoy yo, que me siento capaz de hacer lo que él desea.

El veterano, al contemplar la apariencia juvenil y hasta raquítica del imberbe, exclamó con desdeñoso acento: – ¡Quita allá, rapaz! Tú ¿qué has de hacer?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el bobo rozó con su lanza de diamante el coleto del soldado y éste cayó redondo, como herido por el rayo.

La multitud que esto presenciaba, quiso huir espantada, pero Baoro, alzándose sobre los estribos, procuró dominar el tumulto, clamando con toda la fuerza de sus pulmones:

– ¡Eh! buenas gentes, no os asustéis: esperad, y ya que habéis visto lo que hago con mis enemigos, quiero que veáis lo que puedo hacer con mis amigos.

Y así diciendo, acercó la fuente de oro á los labios del muerto, que instantáneamente recobró la vida. La admiración que este hecho prodigioso causó entre todos los presentes, se extendió al momento por todo el ámbito de la plaza, y llegó á oídos del rey, el cual, inmediatamente, llamó al *Caballero del milagro* que así desde entonces fué llamado Baoro dándole el mando de las pocas fuerzas que le quedaban.

Nuestro héroe, sin descansar siquiera, dispuso una salida, en la cual causó con su maravillosa lanza estragos increíbles en el campo enemigo.

En vano los sitiadores hacían esfuerzos de valor inauditos; cuantos eran tocados por la lanza de Baoro, todos caían muertos, y en cambio los muertos y los heridos de su ejército, al punto resucitaban y sanaban por la virtud misteriosa de la fuente mágica.

El Caballero del milagro y sus soldados no necesitaban reposo ni alimento, porque la fuente de oro los conservaba siempre á todos frescos, racionados y dispuestos para el combate; y en cambio, los sitiadores sucumbían al cansancio y la fatiga, en aquella gloriosa y memorable jornada, que sólo dió fin cuando quedó exterminado todo el numeroso y brillante ejército invasor. El botín que se recogió fué grande, así en dinero y en efectos de valor, como en armas, bagajes y municiones de boca; y con Baoro volvieron al recinto de la ciudad sitiada, la alegría, la abundancia, la gloria y la libertad.

El rey, agradecido, le recibió en sus brazos, y quiso cumplir la palabra de nombrarle su sucesor; pero el Caballero del milagro le contestó que todavía quedaban enemigos que combatir y tierras que conquistar; y después de haberse entregado por algunos días á las expansiones de la victoria, partió seguido de aquel mismo pequeño ejército que había hecho, bajo sus órdenes, invencible, sometió todos los reinos vecinos que eran rivales del nuestro, y pasando luego al Africa, tomó á los sarracenos gran número de villas y ciudades, hizo prisioneros muchos reyes berberiscos, mató más moros que el mismísimo San Jaime, convirtió más infieles que todos los misioneros juntos, y después de haber conseguido el bautismo del emperador de Marruecos se casó con su hija, la princesa más hermosa de la tierra, y de ella tuvo cien hijos, á cada uno de los cuales dió un reino.

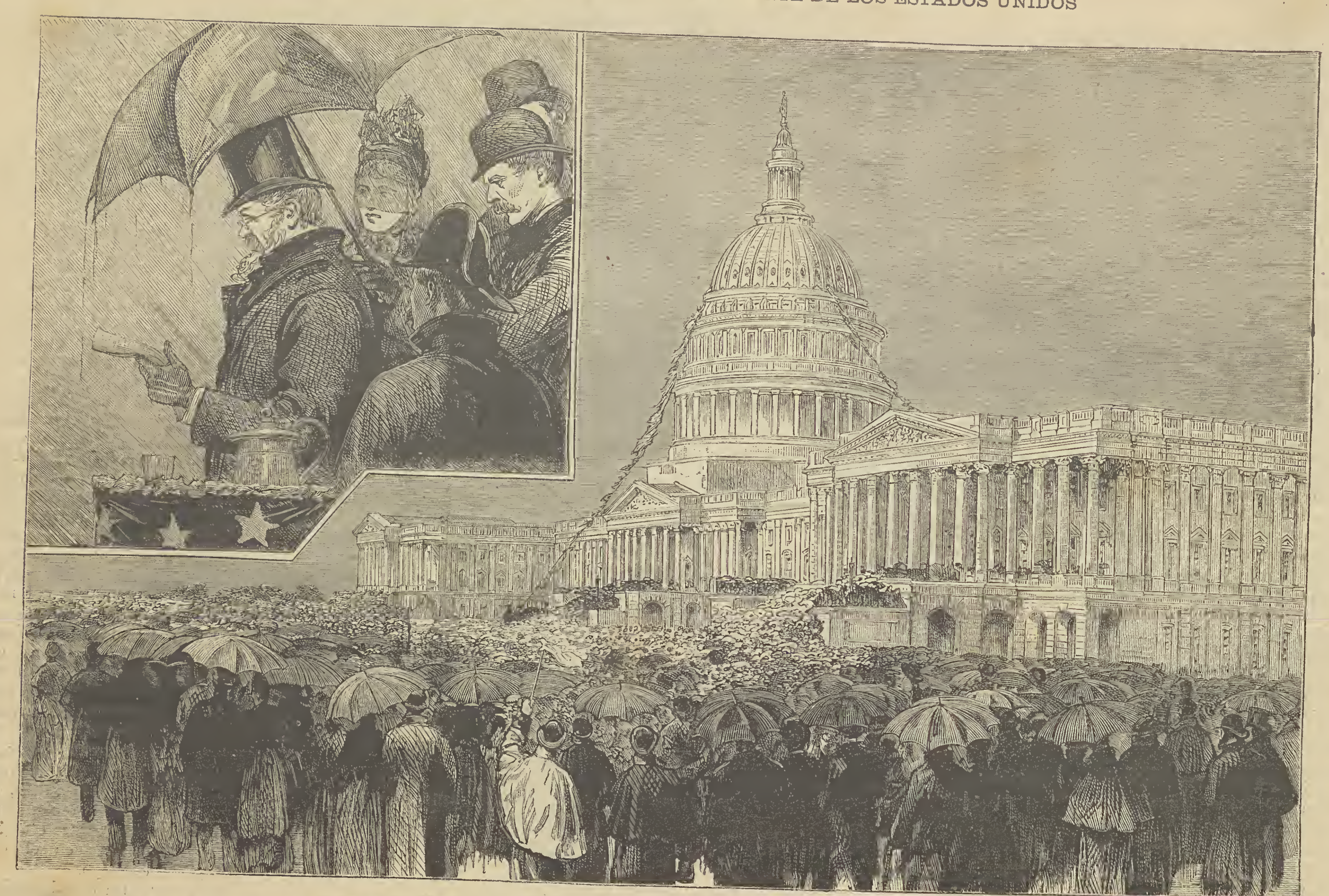
Hay quien dice que Baoro y su mujer, y sus hijos y descendientes, todavía viven, merced á la milagrosa fuente de oro; pero otros aseguran que el viejo brujo hermano de Cariganus pudo por sus artes maléficas volverse á apoderar de la fuente y de la lanza, y que si alguien quiere poseerlas, no tiene más que ir á buscarlas.

CARLOS QUEVEDO

NOTICIAS VARIAS

LAS RAZAS NEGRAS EN AFRICA. – En un discurso leído por M. Verrier en la *Sociedad de Etnografía* de París

LA TOMA DE POSESION DEL NUEVO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS



EL PRESIDENTE HARRISON LEYENDO EL MENSAJE. – ESCENA DELANTE DEL CAPITOLIO

se hace constar que hay veintiocho razas negras distribuídas en toda la superficie del continente africano.

Estas razas tienen caracteres particulares que las distinguen entre sí lo bastante para justificar su clasificación; pero también poseen caracteres comunes, generales, que interesa conozcan cuantos de las cosas de África se ocupan: por ejemplo, la dolicocefalia y la elevada estatura, excepto por lo que respecta á los negrillos que son braquicéfalos, y cuya estatura, según M. Hamy, no pasa de $1^m,35$ á $1^m,40$.

Casi todos los negros son platirrinos; tienen los dientes oblicuos, muy blancos, y sus huesos parece contener mayor proporción de fosfato de cal, de donde resulta que entre aquellos apenas se conozca el raquitismo y la osteomalacia. Por último, la proporción de los miembros y la conformación de la pelvis difieren también de las de los europeos.

La coloración de la piel varía entre el negro de ébano y el amarillo mate, consistiendo la decoloración de la piel que se nota en los negros en Europa, en un estado enfermizo del individuo. Así también si el negrillo nace blanco, no tarda en colorarse oscuramente su piel por la influencia del oxígeno del aire, que le comunica vida y salud. En todas estas razas los cabellos son negros y crespos. Sus músculos presentan diferencias notables con los de las razas blancas. Los fisiólogos han atribuído á la insuficiencia de la estiloglosis la dificultad que tienen los negros para pronunciar la *r*.

La sangre de los negros es más espesa que la de los blancos; la lanceta no la hace brotar y se coagula más pronto; así es que el negro soporta perfectamente las pérdidas de sangre, lo mismo que ciertos medicamentos que, como el mercurio, ejercen una influencia diluyente en el líquido sanguíneo.

Una circunstancia que caracteriza á las razas negras, lo propio que á las amarillas, es la insensibilidad periférica, de donde resulta la falta de ideación; pero M. Verrier cree que en esto hay una carencia de educación del sentido del tacto que se podría perfeccionar mediante el ejercicio desarrollando por consiguiente las facultades cerebrales del negro. A causa de esta insensibilidad, el negro carece de acción refleja; así es que, soportando dosis considerables de alcohol, es casi refractario al alcoholismo. En cambio, tiene gran propensión á la supuración, al paso que las serosidades presentan sus llagas que se curan muy pronto. Las cicatrices del negro son salientes y por lo mismo indelebles; propiedad que aprovechan las tribus para hacerse cicatrices étnicas que sirven para distinguir en los combates los guerreros de unas y otras. En fin, el rayo los respeta más que á los blancos, particularidad que merece ser estudiada; verdad es que también la poseen los animales de piel negra y aun ciertos vegetales oscuros.

Por lo que hace á su industria, en verano se construyen chozas y se dedican á las faenas agrícolas; en la estación de las lluvias esculpen con malos cuchillos sus ídolos ó fetiches en madera, ó bien en marfil que ablandan metiéndolo en agua y trazando en él con sus instrumentos tan imperfectos diferentes escenas de la vida doméstica africana. De estas aptitudes artísticas infiere M. Verrier que, enseñándoles el arte del dibujo, sería fácil hacer de estos negros excelentes obreros.

El citado conferenciante terminó su discurso haciendo algunas consideraciones filosóficas sobre las razas negras y sobre la utilidad que se recabaría de establecer caminos y ferrocarriles para facilitar la colonización y conseguir poco á poco la abolición de la esclavitud que, por los actos de crueldad que se cometen en el Africa central, aniquilará muy pronto aquellos desdichados pueblos.

Conviene pues que los europeos vayan á colonizar allí, pues á alguna distancia de las tierras bajas que bordean el Océano, el clima es relativamente sano.

RECREACIONES CIENTÍFICAS

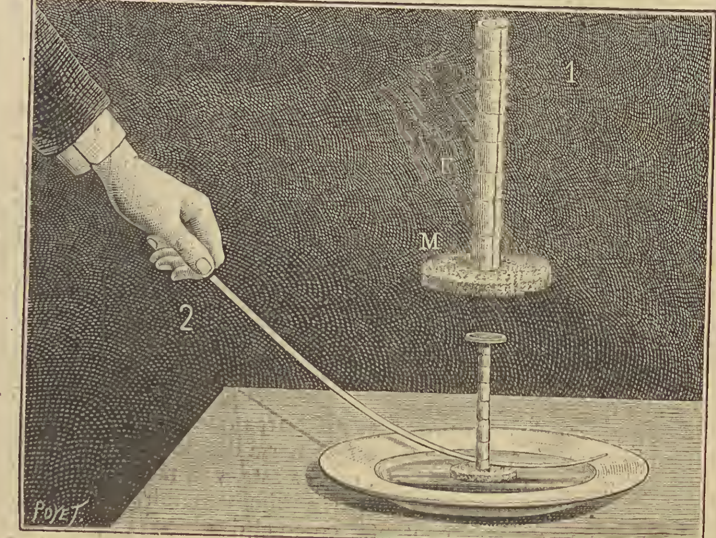
El juego del *bobechón*. – Tómese una tira de paño ó de franela y arróllese de modo que forme un cilindro de 8 centímetros de alto por 1 de diámetro cuidando de coser el borde para que conserve su forma; en un trozo de muletón grueso recórtese un círculo de 4 centímetros de diámetro y cósase en el centro del mismo la base del cilindro de modo que el eje de éste sea perpendicular á aquél.

Colóquese este aparato llamado *bobechón* en el centro de un plato llano y póngase una moneda de 5 céntimos en lo alto del cilindro y procúrese por medio de una delgada varita de junco ó del extremo de una caña de pescar sacar del plato el *bobechón* y la moneda, siendo indiferente que ésta se mantenga en su sitio ó que caiga con tal de que caiga fuera del plato y en virtud del mismo impulso que haga salir de éste al aparato. Parece este un experimento de facilísima ejecución y sin embargo requiere, para que salga bien, un tino especial y un aprendizaje más ó menos largo: en efecto, si con la varita se hace deslizar suavemente el aparato desde el centro al borde del plato y al llegar á éste se le empuja con fuerza, el cilindro saltará fuera pero la moneda, por virtud de las leyes de la inercia, caerá dentro; si, por el contrario, con la varita se inclina el cilindro hacia el exterior, la moneda caerá fuera pero la extremidad flexible del junco la seguirá, á consecuencia del esfuerzo hecho, y el *bobechón* después de tambalearse un rato se quedará en el borde del plato.

Sólo de un modo puede hacerse el experimento y es el siguiente: estírese la mano de manera que el extremo de la varita llegue al borde opuesto del plato, hágase fuerza sobre este extremo de modo que el vértice del arco así formado ajuste perfectamente con el ángulo de unión del cilindro con el disco y por medio de un movimiento lento de la muñeca llévese el aparato al borde del plato; llegado el momento crítico continúese este movimiento de traslación lateral pero empujando al propio tiempo la varita hacia adelante y estirando de repente el brazo, con lo cual se inclinará el cilindro hacia el exterior del plato sin que la varita deje de hacer presión sobre el disco, y cuando la moneda se proyecte verticalmente fuera del plato dese un pequeño golpe seco al aparato con lo que éste saltará fuera y la moneda caerá cerca del borde del plato pero en la parte exterior.

De este aparato sencillísimo se valen algunos caballeros de industria para estafar á los cándidos que en las ferias se dejan engañar atraídos por el cebo de una ganancia en apariencia sumamente fácil.

(De *La Nature*)



El juego del *bobechón* – Núm. 1. *F.* Franela arrollada; *M.* Muletón grueso. – Núm. 2. Vista de conjunto del juego en escala más pequeña

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón